

LA TEORÍA DEL CARÁCTER SOCIAL DE ERICH FROMM: CLAVE INTERPRETATIVA DEL PROCESO DE INDUSTRIALIZACIÓN EN MÉXICO, 1957-1974.

Mariana Reyna (*) y Miguel Ángel Urrego (**)
Instituto de Investigaciones Históricas,
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México
* marianareyna@gmail.com
** miguelangelurrego@yahoo.com

RECIBIDO: 11 DE MAYO DEL 2019 | ACEPTADO: 10 DE NOVIEMBRE DEL 2019

Resumen: La teoría del carácter social, formulada por Erich Fromm en calidad de Director del Departamento de Psicología Social de la Escuela de Fráncfort durante la década 1930, condensa su aportación más relevante al campo de estudio que articula psicoanálisis y marxismo. La primera investigación empírica con base en sus conceptualizaciones tuvo lugar en Alemania, antes de que Hitler llegara al poder. Después de permanecer un período exiliado en Estados Unidos, Fromm recibió la invitación de radicar en México de parte de un prestigioso grupo de psiquiatras vinculado a instancias representativas del Estado posrevolucionario. En este país encontró un terreno propicio para impulsar otras investigaciones sustentadas en su metodología socio-psicoanalítica.

El artículo destaca el análisis de una comunidad campesina del Estado de Morelos, realizado entre 1957 y 1964. Así mismo, retomamos las conclusiones un estudio concretado en la ciudad de México, en la Unidad Habitacional Legaria del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) a lo largo de la década de 1960. Se ubica la propuesta teórica sobre la salud mental elaborada por Fromm en el debate sobre las políticas públicas necesarias para encauzar a las sociedades

Abstract: The Theory of Social Character, formulated by Erich Fromm as Director of the Social Psychology Department of Frankfurt School during the decade of 1930, condensates his more relevant contribution to the field of psychoanalysis and marxism. The first empirical investigation based on his conceptualizations had place in Germany, before Hitler came to power. While exiled in the United States, Fromm was invited to Mexico by a prestigious group of psychiatrists linked to representative instances of the post revolutionary government. He changed his residence to the country and found proper conditions to impulse other investigations sustained in his socio-psychoanalyst methodology.

This article highlights the analysis of a community of peasant farmers in the State of Morelos, between 1957 and 1964. Similarly, conclusions were made in relation to the research with working class families of an habitacional unit called Legaria in Mexico City, during the decade of 1960. The concept of Mental Health, elaborated by Fromm, is located in the debate about public politics needed to channel latin american societies on the way to modernization. We will see that, for the specialists in *psi* disciplines that worked closely with the german sociologist and analyst, the Theory

latinoamericanas en la vía de la modernización. Veremos que para los especialistas en las disciplinas *psi* ligados al connotado sociólogo y analista alemán, la teoría del carácter social fue una clave interpretativa de las vicisitudes políticas, culturales y subjetivas que conllevaba el proceso de industrialización en México.

Palabras clave: Erich Fromm; México; carácter social; industrialización.

of Social Character was an interpretative key of the political, cultural and subjective vicissitudes implied in the process of industrialization in Mexico.

Key words: Erich Fromm; Mexico; social character; industrialization.

INTRODUCCIÓN

Erich Fromm –uno de los miembros del núcleo fundacional de la Escuela de Fráncfort– residió en México entre 1949 y 1973. Es un hecho que ha merecido somera atención de sus biógrafos y cuantiosos escritos por parte de los actores que le ayudaron a forjar un lugar privilegiado para el psicoanálisis humanista en el país. Con todo, en los albores del nuevo siglo se echaba en falta una revisión historiográfica que habilitara una interpretación crítica de las consecuencias que su larga estancia produjo (Sacristán, 2005, p. 16). En el gremio psicoanalítico se contaba con una carta de ruta para orientar a quienes se aventurasen a reconstruir las vertientes que componen la historia de su disciplina (González, 1989), y con un comentario inaugural acerca de las condiciones que determinaron el arraigo del pensamiento freudiano en el territorio nacional (Páramo-Ortega, 1992). Estos escritos fueron precursores de lecturas más recientes que confirman la estampa que dejó Fromm en la configuración del campo psicoanalítico mexicano.

Se sabe que los psiquiatras que administraron los canales académicos para que su propuesta tuviera una acogida favorable fueron también promotores del movimiento de la higiene mental (Ríos, 2016). Desde las altas jerarquías en plataformas asistenciales y educativas del Estado posrevolucionario, construyeron un espacio en el que tuvo especial cabida el psicoanálisis humanista, en la medida en que proporcionó –en un primer momento– elementos conceptuales para avanzar en la consecución de objetivos medulares para el modelo de intervención higienista (Reyna, 2019). El sociólogo y psicoanalista alemán es ciertamente una figura controversial, que pasó a la posteridad dentro del movimiento psicoanalítico y del escenario intelectual gracias a su habilidad para capitalizar tanto sus aciertos como sus contradicciones e infortunios.

La actuación de Fromm al interior de la escuela que fincó en México ha suscitado críticas contundentes que dan cuenta de todo ello (Saavedra, 1994; Sosa, 2016). No obstante, consideramos que está pendiente discutir desde una perspectiva histórica la relevancia de los trabajos de campo que dirigió, con base a su teoría del carácter social. En las páginas que siguen adelantamos algunas reflexiones en este sentido, con la finalidad de contribuir a esclarecer las razones de la resonancia que alcanzó a tener su pensamiento, en un período signado por numerosas transformaciones en los registros públicos y privados de la vida colectiva. En los primeros dos apartados mostraremos que algunas de las premisas propagadas con éxito a través de las ideas de Fromm se desprenden del paisaje político y discursivo de la segunda posguerra, que propició el surgimiento de las teorías de la modernización y del paradigma de la salud mental. Posteriormente atenderemos la novedosa articulación entre ese bagaje conceptual y el programa filosófico traído desde Fráncfort, que se pone de manifiesto en dos investigaciones socio-psicológicas realizadas en México entre 1957 y 1974.

MÉXICO: UN PAÍS EN CAMINO A LA MODERNIZACIÓN

En otro lugar hemos ofrecido un acercamiento integral al proceso de institucionalización del psicoanálisis humanista (Reyna, 2010). La llegada de Erich Fromm en 1949 ayudó a renovar de manera palpable el horizonte epistémico de los psiquiatras que, en décadas previas, habían conseguido la profesionalización de su labor. En realidad, determinó que actores pertenecientes a una red académica común –cuyos esfuerzos se habían reunido también para divulgar el freudismo– terminaran distanciándose

para fundar las dos primeras asociaciones psicoanalíticas que operaron en el país (Reyna, 2013).¹

La Sociedad Psicoanalítica Mexicana (SPM) se constituyó en 1956, de la mano de Fromm y de los psiquiatras que recién concluían la formación psicoanalítica bajo su tutela. Su importancia radica en que animó la consolidación de un campo de saber y en la fuerza de cohesión que proveyó para la comunidad que respaldaría la ambiciosa empresa de investigación fundamentada en el itinerario intelectual de su maestro. En sus filas se reunieron dos generaciones de hombres de ciencia: los veteranos psiquiatras Raúl González Enríquez, Alfonso Millán, Guillermo Dávila, Abraham Fortes y José F. Díaz; un grupo de jóvenes interesado en la medicina psicosomática integrado por Aniceto Aramoni, Jorge Derbez, Arturo Higareda, Armando Hinojosa, y cuatro médicos recién especializados en psiquiatría en Estados Unidos: Ramón de la Fuente, Jorge Silva García, Francisco Garza y Jorge Velasco Alzaga. Poco después se unió el colombiano José Gutiérrez (Silva, 2006). Este grupo compartía una convicción que había impregnado el desempeño de las élites políticas desde el último tercio del siglo XIX: las ciencias –entre ellas la psiquiatría y el psicoanálisis– fueron vistas como instrumentos idóneos para orientar los cambios necesarios en la sociedad, a fin de garantizar el ascenso material y espiritual visible en las civilizaciones de avanzada.

Así, entre 1949 y 1971 el discurso freudiano permaneció estrechamente entrelazado con el ímpetu moder-

nizador que irrumpió en la medicina psicosomática y la psiquiatría dinámica.² Se había filtrado con anterioridad a la órbita cultural porque sirvió de apoyo a las especulaciones –también de origen decimonónico– sobre “el ser del mexicano”. Filósofos, psicólogos y ensayistas habían recurrido a las ideas de Freud y de sus epígonos para echar luces sobre los complejos psicológicos que impedían la integración de las masas al camino recto del progreso. Llegado el momento y a la luz de tales antecedentes, la asociación convertida en baluarte del psicoanálisis humanista organizó todos sus frentes para impulsar un cúmulo de medidas que garantizaban su aplicación en diversas esferas. De esta manera daba un paso adelante en la senda intelectual de Fromm, quien se había decantado –desde su incorporación al Instituto de Investigaciones Sociales de Fráncfort– por un esquema que invitaba a trascender el rol del psicoanálisis como terapia, y a identificar problemáticas en torno a la conformación de las subjetividades en la sociedad capitalista contemporánea. Apenas concretada la fundación de la Sociedad y consolidadas las directrices para la enseñanza de la segunda generación, comenzó la implementación de los estudios revisitados en el presente artículo. Conviene resaltar que todo esto se llevó a cabo durante una etapa de intensa difusión de la propuesta teórica frommiana a través de foros, conferencias, notas de prensa, cursos universitarios y una agenda editorial destinada al público de habla hispana sostenida por el Fondo de Cultura Económica (Reyna, 2010).

La envergadura del programa de investigación encabezado por Erich Fromm adquiere relieve si considera-

1 En la institucionalización del psicoanálisis en México también fue protagonista la Asociación Psicoanalítica Mexicana (APM), fundada en 1957 bajo el patronazgo de la IPA. La conformó un grupo de jóvenes psiquiatras que había salido a formarse en Argentina, Francia y Estados Unidos en la década de 1940. Habían sido alumnos de los psiquiatras que acogieron el proyecto formativo de Erich Fromm en el país, a partir de 1949.

2 En México, es hasta la aparición del Círculo Psicoanalítico Mexicano (CPM) –en 1971– que se abre formalmente la posibilidad de acceder a la formación sin requerir un título médico.

mos que implicaba la ejecución de tres estudios empíricos, casi de manera simultánea, entre 1956 y 1968. Con la modificación del plan curricular de la Facultad de Medicina de la UNAM y la apertura del Departamento de Psicología Médica, en 1956 se dieron las condiciones para iniciar un minucioso escrutinio de las “orientaciones de carácter” de una muestra extraída de la matrícula de estudiantes de nuevo ingreso a la universidad (Reyna, 2019).³ En adición, en 1957 arrancó una investigación en la comunidad campesina de Chiconcuac, ubicada en el estado de Morelos. José Zozaya –quien había integrado a Fromm en la División de Graduados de la Facultad de Medicina de la UNAM– consiguió que la Secretaría de Salubridad y Asistencia canalizara recursos suficientes desde las arcas de Gobernación para iniciar el trabajo (Fromm y Maccoby, 1971, p. 7). Durante esa fase preliminar, prácticamente todos los miembros de la Sociedad Mexicana de Psicoanálisis (SMP) tuvieron que combinar sus labores como académicos y funcionarios públicos con las actividades necesarias para aterrizar el proyecto. Un año después, en 1958, Guillermo Dávila –Jefe de Servicios Médicos del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS)– formuló un plan para conducir un tercer estudio empírico con el fin de determinar el carácter social de los habitantes de la Unidad Habitacional Legaria, ubicada en la colonia Anáhuac del Distrito Federal (Díaz, 1974).

Cabe señalar que Fromm había sido expulsado de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) en 1953.

3 Los resultados de las investigaciones que la asociación frommiana estaba realizando en el terreno educativo merecieron una mención aprobatoria de parte del Presidente Emilio Portes Gil en un texto de 1964. Mientras compararía sus opiniones acerca de la “misión” del maestro universitario, el titular del Ejecutivo se refirió a los problemas que aquejaban a los estudiantes citando la información presentada por Jorge Derbez desde la dirección del Departamento de Psicopedagogía e Higiene de la UNAM (Portes Gil, 1964).

Su reformulación de los preceptos sobre la libido y la pulsión de muerte resultaba inadmisibles para la institución encargada de salvaguardar el legado de Freud; pero incluso en algunas críticas esgrimidas al interior de los círculos psicoanalíticos oficialistas se encomiaban sus dotes de sociólogo (McLaughlin, 1999). Su legitimidad como crítico social constituía, sin duda, un aliciente para que sus discípulos se embarcaran en el método de investigación socio-psicológica del que era precursor. En Argentina, su pensamiento encontraba eco precisamente al compás de la expansión de la sociología como campo disciplinar. Gino Germani –uno de pilares de la sociología de la modernización en América Latina (Girola, 2008, p. 16) – había traducido al castellano *El miedo a la libertad* (Fromm, 1947). Escribió un elogioso prólogo que incitaba a valerse de las hipótesis de Fromm para comprender la dinámica del cambio social y los peligros que acechaban la construcción de la democracia. Germani destacó como “el principal impulsor institucional de la carrera de psicología en la Universidad de Buenos Aires” (Dagfal, 2009, p. 244), y uno de los autores que más difundió las discusiones de la Escuela de Fráncfort en el cono sur.

La década de 1950 fue una época fecunda para la investigación sociológica en el continente americano. En el panorama de la posguerra, las teorías de la modernización dirigieron su arsenal a los países que presentaban un desafío a la hora de formular criterios operativos para transformar los engranajes de las sociedades tradicionales. Entonces se conformó una tradición investigativa que priorizó un acercamiento multidisciplinario hacia el entramado de procesos de orden socioeconómico, político y cultural que se tenía por delante. En dicho contexto, la perspectiva de los

sociólogos procuró dar cauce a objetivos políticos concretos. Si bien posteriormente y con soporte en el marxismo crítico fueron surgiendo voces disidentes, esas aproximaciones conservaron “la semántica del progreso”, propia de la mirada occidentalizada (Kozlarek, 2014, pp. 59, 61, 196). Con todo, la impugnación del economicismo imperante en el escrutinio de la realidad alcanzó a tener impacto, y se demostró la pertinencia de evaluar los rasgos culturales que no permitían emular el modelo que encarnaba la sociedad estadounidense. Esto era particularmente importante para el caso de América Latina. El debate alrededor del concepto de desarrollo fue central para definir las directivas más acordes a países que, como México, se encontraban en camino de la modernización.

En 1947 inició sus actividades la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). El manifiesto de este organismo dependiente de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) apareció en 1949 y, en los años subsiguientes, abanderó obras que orientaron la dinámica del desarrollo latinoamericano (Prebisch y Martínez, 1949). Sara Babb asegura que la bonanza económica más tarde catalogada como “el milagro mexicano” fue hasta cierto punto coincidente con los lineamientos de la CEPAL; aunque sobre todo se debió a la injerencia de un Estado omnipresente, que contaba con el programa ideológico nacionalista emanado de la revolución para mediar entre los intereses de los diferentes estratos sociales (Babb, 2003, p. 108). El lazo profesional que Erich Fromm estableció con el país se cruza con esa coyuntura.

Al despuntar la segunda mitad del siglo XX, la derrama monetaria y la propulsión modernizadora se iban extendiendo al sistema de seguridad social y a

las estructuras universitarias.⁴ En términos generales puede afirmarse que el afianzamiento de las instancias encargadas de velar por la estabilidad social y la salud de la población operó como andamiaje para el despliegue de las inquietudes del sociólogo y psicoanalista alemán. Entre 1948 y 1949, Fromm había sido convocado por la UNESCO para que ayudase a responder problemáticas definidas. Se le propuso constatar, por ejemplo, sus hipótesis sobre el carácter social en Australia. La falta de fondos para costear la investigación le orilló a solicitar financiamiento de la Universidad de Melbourne y de la Fundación Carnegie, pero su petición fue rechazada (Friedman, 2016, p. 188). No sorprende entonces que el psicoanalista estrella del equipo “Cultura y personalidad” –residente en Estados Unidos– aprovechara el convite de la vieja guardia de la psiquiatría mexicana, precisamente para realizar lo que no pudo lograr en Australia, aun con la aquiescencia de la ONU.

LA SALUD MENTAL Y EL MUNDO DE LA POSGUERRA

El compromiso permanente que Fromm mostró en todas las fases del estudio en Morelos indica que era el epicentro de la serie de exploraciones de largo aliento sobre la cultura mexicana que sellaron su pacto con la UNAM y con las instituciones de salubridad del Estado. Encontraba en México el escenario perfecto para probar sus tesis en un momento decisivo. Con el fin de la Segunda Guerra Mundial no terminó la conmoción que esta provocara en el seno de la civilización occidental. Al finalizar la década de 1940 estaban cambiando en varios

⁴ En ese tenor, el número de individuos cubiertos por el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) aumentó casi un 250 por ciento entre 1958 y 1965 (Carr, 1996, p. 234).

sentidos las percepciones sobre aquello que daba forma a las esferas de la vida social. Tales desplazamientos saldrían a relucir en los complejos discursivos. El nacimiento del concepto “salud mental” revela el trasfondo ideológico subyacente al curso que tomaron las ciencias de la salud en el mundo de la posguerra. Apareció formalmente en 1948, durante el III Congreso de Higiene Mental celebrado en Londres⁵. La armazón epistemológica sobre la que se había montado la práctica de los psiquiatras –desde el degeneracionismo hasta la higiene mental– había quedado anudada al vórtice catastrófico que se materializó en los planes de exterminio nazis. De modo que resultaba imperativo atender aquello que había generado la tendencia a la descomposición social, moral y física de las naciones, que revelaba también el fracaso de la lógica preventiva y pedagógica que acompañó el auge de las ciencias que pretendían desentrañar los misterios de la psique.

Varios autores han rastreado la constelación que dio lugar al descentramiento del término “higiene mental” (Dagfal, 2009; Vezzetti, 2016; Ríos, 2016). El concepto destinado a sustituirle definitivamente en el léxico oficial de los saberes *psi*, se fue fraguando entre convenciones, foros preparatorios e informes. Todo en una suerte de reacción ante el desastre que fracturaba la confianza en el racionalismo como rector del desenvolvimiento de las culturas occidentalizadas. La trama política fue crucial en la emergencia de la nueva noción de “salud mental”, y pronto pasó a tomarse como referente para la totalidad de los circuitos dirigidos a desmontar –desde enclaves médicos, psicológicos y socioculturales– los supuestos que desembocaron en

el genocidio perpetrado por la Alemania de Hitler y en el uso de armas nucleares en Japón.

En la antesala del III Congreso de 1948, el Comité Internacional de Higiene Mental presentó la declaración “Salud mental y ciudadanía mundial” (Vezzetti, 2016, p. 102). Concebida por un grupo de figuras prominentes de la psiquiatría de guerra, psicólogos sociales y por representantes de otras disciplinas, se nutría de las lecciones aprendidas con el tratamiento psicoterapéutico de las experiencias traumáticas de los militares. El psiquiatra estadounidense Harry Stack Sullivan y la antropóloga cultural Margaret Mead formaban parte de la comisión que escribió el documento⁶ Para el caso que nos ocupa, interesa subrayar que ambos participaban del círculo transdisciplinario de interlocutores rotulado con el sintagma “Cultura y personalidad”, que arrojó a Erich Fromm en la década de 1930, mientras se encontraba exiliado en Estados Unidos. Con el acompañamiento de estos notables colegas Fromm había sido catapultado a la fama, y sus disquisiciones de 1941 sobre el componente de angustia que albergaba el ejercicio de la libertad (Fromm, 1941), permearon los diagnósticos que, en la segunda posguerra, iba a efectuar la comunidad epistémica agrupada en las agencias internacionales de nuevo cuño.

Al interior de la Federación Mundial para la Salud Mental (FMSM) –formalizada al terminar el congreso de Londres– se estipuló el desplazamiento del modelo de la higiene mental, asentado en la autoridad del psiquiatra para modular la mecánica familiar y laboral. De cara al futuro este especialista habría de compaginar con una

5 Se había acordado la realización de este evento en 1942, pero se suspendió a raíz del estallido de la guerra.

6 Margaret Mead había estado involucrada con el Comité de Higiene Mental desde 1945; sería nombrada presidenta de la Federación Mundial de Salud Mental en 1956 (Dagfal, 2009, p. 96).

reorientación de los modos de intervención a partir de las aportaciones de otras ciencias sociales y de otros perfiles profesionales, con el objetivo de crear políticas de salud pública de repercusión transnacional. El giro que producían estos debates –con enorme influjo de nociones terapéuticas anglosajonas y norteamericanas– había impregnado el preámbulo de la Organización Mundial de la Salud (OMS) en 1946, y fue también el sustrato común a la creación de la UNESCO (Vezzetti, 2016, p. 80). Así, en calidad de aparato técnico con jurisdicción en todas las áreas médicas, la OMS inauguró un campo semántico reformador alrededor del término “salud internacional”, que infundió a los lineamientos emitidos desde todas sus instancias dependientes el propósito de construir una paz duradera, como sostén del desarrollo y del bienestar general de los ciudadanos (Cueto, 2015, p. 258).

Las categorizaciones psicoanalíticas tuvieron un peso fundamental en la definición de la salud mental porque habilitaban la superación de los cuadrantes estrictos de la clínica psiquiátrica y contribuían con la organización de sectores más seculares, como la psicología médica y distintas modalidades de psicoterapia (Vezzetti, 2016, pp. 84-85). El psiquiatra canadiense George Brock Chisholm –secretario ejecutivo del cuerpo colegiado que esculpió el proyecto de la OMS y quien fuera su primer director– fue un personaje crucial en la agenda de la Federación Mundial de Salud Mental (FMSM). Hizo suyas las proposiciones de Fromm que coincidían con la pretensión oficial de fomentar la “madurez” necesaria en la ciudadanía, para esquivar la amenaza constante de la guerra. Para cumplir el propósito de “liberar potencialidades constructivas”, Brock Chisholm sostuvo que tendrían que prevalecer los accesos a la educación, la seguridad social y la reducción de las desigualdades económicas

(Dagfal, 2009, pp. 74-79). Así, la aproximación psicoanalítica culturalista fue guiando la visión del paradigma de la salud mental frente a las tensiones de la Guerra Fría. En el registro de la cultura popular este equipaje teórico renovador se imbricó con la necesidad de atajar los efectos de la proliferación de un “discurso sobre la ansiedad”, mientras que en la arena política entroncaba con el desafío de despejar los derroteros hacia la democracia y eludir el viraje hacia el autoritarismo manifiesto en la URSS (Menand, 2014; Vezzetti, 2016). Los brazos regionales de la OMS y de la FMSM adscribieron, como era de esperar, a este marco con fuerte carga ideológica. Sin embargo, los países en vías de desarrollo veían aparecer dificultades de distinto calado.

Andrés Ríos ha hecho notar que el informe del Comité de Higiene Mental de la Oficina Sanitaria Panamericana –reunido en 1949– destilaba cierto desconcierto porque no se había contemplado todavía la sugerencia de cotejar los proyectos de industrialización “con una propuesta paralela que posibilitara la adaptación psicológica a tales innovaciones” (Ríos, 2016, pp. 198-199). El tema se había puesto sobre la mesa durante una asamblea auspiciada por el Consejo Económico y Social de la ONU. Aquí nos parece que salta a la vista una convergencia del marco conceptual de la salud mental con los debates generados en la CEPAL; cuestión que permite comprender por qué la óptica frommiana adquirió tanta resonancia en el contexto internacional y el hecho de que en México se haya impulsado con ahínco el programa de investigación que abanderaba.

Es necesario enfatizar que la faena intelectual de Erich Fromm no estaba alejada de las sociologías de la modernización. Además de adelantar su reformulación del psicoanálisis, los trabajos que publicó en la década

de 1940 bosquejaron “una teoría crítica de la modernidad” inspirada en los valores de la Ilustración, que devolvía al primer plano “la centralidad del ser humano como patrón normativo” (Kozlarek, 2015, pp. 240, 248). De acuerdo a Fromm, se podían establecer necesidades psíquicas a partir del análisis de las condiciones concretas de existencia. Como apunta Oliver Kozlarek, su inclinación hacia el socialismo había florecido en el seno de la Escuela de Fráncfort, pero la certeza de que era menester pensar desde los postulados de una ética humanista que condujese hacia una vida digna, produjo la ruptura definitiva con sus compañeros. Irónicamente, esa postura acabó convirtiéndose en el cimiento de su peculiar noción de salud mental, forjada a lo largo del período de su residencia en México.

Hacia 1950, el pensamiento de Fromm se divulgaba en el gremio psiquiátrico latinoamericano gracias a las actividades de sus discípulos mexicanos.⁷ Tres de los más reconocidos –Raúl González Enríquez, Alfonso Millán y Guillermo Dávila– habían participado activamente en la creación de la Asociación Psiquiátrica de América Latina (APAL).⁸ Según los estatutos, su función era coordinar la enseñanza y la práctica de la disciplina en la región, atendiendo a la singularidad de los procesos culturales en cada país integrante. México fue sede de la primera Secretaría General y, en diciembre de 1951, se celebró en el país el Segundo Congreso de la APAL (Campos, 2017). De manera consecutiva, contando aún con la presencia de los delegados de

APAL, tuvo lugar –también en territorio mexicano– el IV Congreso de la Federación Mundial de Salud Mental (FMSM). Alfonso Millán encabezaba el comité organizador y compareció junto a Erich Fromm en la sesión plenaria. Desde el pódium, el psicoanalista alemán señalaba las tareas pendientes en concordancia con el discurso de la salud mental dictaminado en organismos internacionales. Afirmó que era indispensable el abordaje ético y antropológico de las formas de relación que el ser humano podía establecer con sus semejantes y con el mundo. Fromm hacía un llamado a realizar investigaciones multidisciplinarias en distintos escenarios y aseveró: “los que se ocupen de higiene mental deberán atreverse a tener imaginación para proponer en nuestra organización política y social los cambios que pudieran ser la base de la salud mental, una práctica de la vida en la que el hombre sea un fin en sí mismo y cese de ser un autómatas prefabricado” (Alcerro, 1952, p. 82).

Incluso si en las comunicaciones del IV Congreso de la FMSM todavía no se observa un uso homogéneo de la categoría “salud mental”, y permanece la alusión a la higiene mental ligada a “una actitud”, Andrés Ríos constata el creciente consenso entre los especialistas *psi* acerca de la necesidad de volcarse en la investigación (Ríos, 2016, p. 193).⁹ Así, la gama temática del intercambio coincide en gran medida con la serie de estudios empíricos que lideró la asociación psicoanalítica de raigambre frommiana en México. Se discutieron criterios para regular la higiene mental escolar, la salud mental de los trabajadores de la industria, de inmi-

7 José Gutiérrez regresó a Colombia y participó en la creación del Círculo Psicoanalítico de Bogotá. También empleó el método de Fromm para realizar trabajos de campo que fueron publicados en los años sesenta y setenta.

8 Ese mismo año se celebraba en París el Primer Congreso Mundial de Psiquiatría.

9 Es interesante encontrar que todavía en 1966 Raúl Páramo-Ortega –analista fundador del Círculo Psicoanalítico Mexicano (CPM)– se refiere a la higiene mental como “el conjunto de esfuerzos científicamente fundados que tienden al mantenimiento y prevención de la salud mental” (Páramo-Ortega, 1966, p. 693).

grantes, niños y adolescentes, así como la capacitación psicoterapéutica para trabajadores sociales, psicólogos y médicos. En una de las sesiones se reiteró la premura de sopesar las consecuencias del progreso tecnológico en la población rural y la disolución familiar que provocaba (Alcerro, 1952).

Como veremos a continuación, uno de los focos del programa de investigación psicoanalítico-humanista se dirigía a evaluar la capacidad de respuesta que tendrían distintos sectores de la población mexicana a las exigencias de las políticas económicas del desarrollo estabilizador. A tono con las recomendaciones de la CEPAL, el Estado posrevolucionario debía encontrar la forma más atinada de cristalizar la transición desde una economía predominantemente agrícola hacia “el modelo de industrialización dinámica” (Babb, 2003, p. 110). La teoría del carácter social, tal y como Fromm la había utilizado en su repaso de la historia de la sociedad capitalista moderna, era un instrumento que podía servir para tomar el pulso de los impedimentos a los cambios requeridos.

DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL EMPÍRICA EN MÉXICO

El quehacer que Erich Fromm había realizado como Director del Departamento de Psicología Social del Instituto de Investigaciones de Fráncfort quedó condensado en su teoría del carácter social (TCS). Expuesta en su obra cumbre de 1941 *–El miedo a la libertad–*, corroboraba su aporte al freudomarxismo: intentaba revelar los mecanismos psíquicos que operan en la transposición de la estructura socio-económica a la superestructura. La calidad de la conceptualización que Fromm había logrado concretar para que los descubrimientos de Sigmund Freud se conjugaran con el proyecto del

Instituto dirigido por Max Horkheimer, fue captada por Wolfgang Bonß en 1980. Su germen se hallaba en la investigación social empírica de 1929 entre el proletariado alemán, que Fromm puso en marcha junto a sus colegas en los años previos al dominio nazi.

Esta apuesta de vanguardia en la atmósfera político-intelectual que estaba siendo testigo de la consolidación del fascismo, se amparó en un programa filosófico –el “materialismo interdisciplinario”– trazado en la era inaugural de la Escuela de Fráncfort, en medio de tensiones y desacuerdos irresolubles entre sus miembros (Jay, 1974; Jeffries, 2018). En rigor, dicho programa abrevó de la retroalimentación entre cuatro disciplinas –filosofía, economía, psicología social y teoría de la cultura– e implicaba que la elaboración teórica tendría que vincularse con la investigación empírica, para propiciar una “reorganización de categorías básicas”. Tales fueron las premisas que acarrearón la contribución nodal de Fromm a la “Teoría crítica temprana” (Bonß, 1980). Así, vale la pena recordar que el diseño de la encuesta de preguntas abiertas, empleada como pilar de la exploración de la vida anímica de los obreros, deriva del itinerario consensuado entre el núcleo fundacional de la Escuela de Fráncfort y, que en un segundo tramo, dio lugar a la formulación de la *psicología social analítica* que Fromm presentara en 1932. Con esta sistematización daba seguimiento al proyecto iniciado en las vísperas del Tercer Reich y fortalecía la perspectiva sociológica que situaba el énfasis en la familia –como el ángulo de influencia de la sociedad en los sujetos– en la línea de trabajo basilar del Instituto durante su primera época (Fromm, 1932). Considerando la agenda que el analista siguió en México, aquí sostenemos que décadas más tarde, a través de los caminos sinuosos del exilio, fue ese

mismo programa materialista e interdisciplinario una de las fuentes que dio sustento metodológico a los trabajos de campo que dirigió. Veamos pues de qué forma.

La Revolución Mexicana generó una trascendental movilización del mundo agrario. Gracias a los anarquistas y al zapatismo se escucharon denuncias sobre las precarias condiciones de vida en el campo, a causa del ilimitado poder de capataces y hacendados. La literatura de la revolución abonó a la divulgación de estas situaciones y muy pronto se despertó el interés de los académicos estadounidenses por aplicar los métodos de la sociología y de la antropología en poblados como Tepoztlán. Así, a partir de un doble criterio –espacial y cultural– comenzó a postularse la diferenciación entre sociedades rurales y urbanas. La UNESCO había increpado a los especialistas a dejar de lado el análisis desde el “ethos antropológico” que reafirmaba concepciones biológicas y raciales (López y Deister, 2013, p. 396) y hay que decir que en México existía una densa tradición en ese sentido. Por la época en que se echaron a andar los estudios empíricos de la Sociedad Mexicana de Psicoanálisis (SMP), la biotipología había prosperado en el marco de la intervención sanitaria, informando de patologías sociales y “tipos psicológicos” en sectores de clase media y obreros, así como en la infancia radicada en zonas urbanas y en comunidades indígenas (Vázquez, 2014). El campesino –confinado en la categoría colonial de “mestizo”– permaneció bajo la lupa de los investigadores, a razón de que constituía una pieza maestra en la fragua de la identidad que el Estado fijaría en el imaginario colectivo, para apuntalar su retórica nacionalista.

La estrategia política de los gobiernos posrevolucionarios surcó también la creación de los planteles universitarios. Sara Babb afirma que desde la Escuela

Nacional de Economía de la UNAM –una trinchera hoy tan referida a la científicidad– se promovió una noción de socialismo acondicionada al corporativismo estatal, cuya meta declarada era incluir a las masas campesinas y obreras en los parámetros de productividad que sacarían al país del atraso (Babb, 2003, 68, 79). Babb comprobó además que la ideología marxista fue una especie de “fuente de fe” en sus primeros años de funcionamiento, entre 1930 y 1940. No podemos pasar por alto que la simpatía por esta corriente fue otro factor que pavimentó la fastuosa recepción de Erich Fromm entre las cúpulas intelectuales del país. Los proyectos de investigación impulsados por el grupo de especialistas *psi* asociados con él, se corresponden con el interés de atender las evoluciones de la clase obrera industrial y de los beneficiarios de la reforma agraria, que primó sobre las reflexiones de la izquierda mexicana en el período posrevolucionario (Carr, 1996, p. 230). Sin embargo, toca reconocer –matices de por medio– que en los años venideros Fromm retomaría ciertas lecciones del estudio ensayado en Fráncfort, para enriquecer los requerimientos técnicos inherentes al modelo de salud mental. Los resultados del trabajo de campo en Alemania no habían llegado a publicarse, por lo que es comprensible que pretendiera recuperar aquellas experiencias en 1957, desde México y en un contexto completamente diferente, para robustecerlas con nueva data, ampliar sus alcances y contribuir a responder interrogantes sumamente atractivas para cualquier científico social atento a la responsabilidad de los tiempos.

A) El estudio de una comunidad campesina en morelos

Fromm eligió el poblado de Chiconcuac no sólo por su cercanía con Cuernavaca, sino porque le parecía repre-

sentativo de las zonas que integran el valle del sur y suroeste de la ciudad de México. Su atracción hacia la diferencia cultural que encarnaban los campesinos e indígenas mexicanos precedía al contacto con el grupo de psiquiatras de la UNAM (Fromm, 1947, p. 265). Según uno de sus biógrafos, estaba encantado con el talento de los artesanos de Taxco y había visitado también las aguas termales de San José Purúa en Michoacán (Friedman, 2016). Concedor de la iniciativa de reforma agraria que había sido el corolario de la Revolución y del proceso de industrialización que estaba transformando las estructuras económicas tradicionales, se vio impedido a examinar las modificaciones que la organización ejidal había suscitado en la estructura de carácter de los pobladores. Frente a la tendencia de considerar a los campesinos un lastre para el progreso, su TCS sugería la existencia de una “matriz de carácter” entre los miembros de un grupo, desarrollada como adaptación dinámica a condiciones económicas, sociales y culturales compartidas.

Fromm intuía que los rasgos de carácter persisten aun cuando se tornen perjudiciales frente a las circunstancias materiales objetivas, y aspiró a comprender cómo es que bloqueaban el desenvolvimiento de los sujetos. En el mismo movimiento y en consonancia con la “ética humanista” que cierne su acercamiento al psicoanálisis, deseaba encontrar vías para concertar las actitudes cognoscitivas centradas en la vida que observaba en la sociedad campesina, con las técnicas modernas de agricultura. El connotado sociólogo advertía en la realidad mexicana una posibilidad de incidir en la cimentación de una forma de “industrialismo humanístico”, siempre y cuando se evitara la ciega imitación de las medidas aplicadas en los países desarrollados.

Desde su punto de vista, podían satisfacerse las necesidades materiales de la población respetando ideales y valores tradicionales, que no debían sacrificarse en aras del crecimiento económico.

El contrafuerte del estudio empírico en Morelos fue un cuestionario interpretativo inspirado en la encuesta creada ex profeso para el proletariado alemán. Alfonso Millán y Aniceto Aramoni ayudaron a formular las adaptaciones pertinentes para afinar el dispositivo, que orientó las entrevistas con 162 familias de Chiconcuac. Alzando el vuelo de la creatividad alentada en Fráncfort, se introdujeron varias modificaciones metodológicas. Se trata de un prolongado trabajo analítico que no hubiese sido posible sin el respaldo de la variedad de instituciones y de académicos que prestaron sus conocimientos y recursos. La recolección de datos se extendió de 1957 a 1964.

El financiamiento de los primeros cuatro años corrió a cargo del Foundations Fund for Research in Psychiatry, que hizo llegar el dinero a través de la Facultad de Medicina de la UNAM.¹⁰ Las preguntas abiertas del “cuestionario interpretativo” tocaron puntos cardinales de la vida familiar. Algunas fueron intencionalmente “proyectivas” y buscaron dilucidar aspectos inconscientes de las percepciones, para adjuntarles con el análisis de los sueños. La interpretación psicoanalítica alumbraría el sustrato caracterológico de las respuestas pero, a fin de acreditar la objetividad, se contrastaron con la Prueba de Apercepción Temática (TAT) y la de Rorschach. También se utilizó el método de observación

10 La Secretaría de Salubridad había colaborado en la fase inicial y los gastos adicionales se cubrieron con donaciones de instituciones norteamericanas, como la Albert and Mary Lasker Foundation y el American Friends Service Committee. Para concluir el procesamiento de la información recibieron becas del Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences y del Institute for Policy Studies (Fromm y Maccoby, 1971, pp. 7-14).

participante. Los antropólogos Albert Schwartz y Lola Romanucci Schwartz vivieron trece meses en el pueblo y llevaron un registro pormenorizado de las actividades cotidianas de sus habitantes.

El retiro de los Schwartz con motivo de un desencuentro con Fromm –dudaron de la efectividad del cuestionario interpretativo– se saldó con la entrada en escena de Michael Maccoby, quien compartiría los créditos autorales con Fromm después de ocho años de continua colaboración (Friedman, 2016, p. 30). Este psicólogo estadounidense se había iniciado en el estudio del carácter en la Universidad de Chicago con David Riesman, un expaciente de Fromm y el primer sociólogo en emplear sus hipótesis sobre el carácter social para analizar la sociedad norteamericana.¹¹ Ya en mancuerna desde Morelos, Fromm y Maccoby se posicionaron en contra del conductismo, la corriente psicológica en boga por sus pretensiones de cientificidad. Pero tampoco renunciaron a situar su labor en ese registro: la exploración de las causas del alcoholismo y de la violencia que generaba en las comunidades rurales, enlaza su estudio con las miras de la investigación psiquiátrica. La ambición de investir su método con el halo de la ciencia, queda a la vista cuando los autores indican que pretenden suministrar apoyo para la planeación de políticas públicas con la generación de: “datos científicos sobre los valores e impulsos arraigados profundamente en el

campesino, que son los que determinan en buena parte su respuesta a las nuevas condiciones, exigencias y oportunidades”. Argumentaban que con esa información podría anticiparse la eficacia de programas educativos y proyectos económicos dirigidos al sector (Fromm y Maccoby, 1971, p. 15).

Si tomamos en cuenta que en ese período estaba en ciernes la economía como disciplina en México (Babb, 2003), era bastante innovador el uso de modelos estadísticos para establecer una correlación entre factores socioeconómicos y actitudes culturales.¹² Así, se dedicaron a observar las reacciones de la comunidad a diversos estímulos culturales y laborales. Con la ayuda del American Friends Service Committee, Michael Maccoby pudo sondear los aspectos que moldeaban el carácter desde la infancia. Se creó un “Club de los muchachos” para cuidar de una granja, un círculo de lectura y se analizaron los contenidos de los juegos populares entre los niños y sus significados axiológicos. Con el propósito de adquirir más datos, Fromm visitó regularmente un orfanato en Cuernavaca regido por una lógica cooperativa, y revisó el programa gubernamental de la Compañía Nacional de Subsistencia Popular (CONASUPO). El Centro de Bienestar Rural de Chiconcuac, dependiente de la Secretaría de Salubridad, fue el primer polo de operaciones del estudio empírico. El médico responsable aseguró el contacto con la gente y colaboró con el Departamento de Microbiología y Parasitología de la Facultad de Medicina de la UNAM, en una campaña para diagnosticar parasitosis, proporcionar tratamien-

11 David Riesman publicó en 1950 *The Lonely Crowd*. En 1969, Maccoby regresó a Estados Unidos con la experiencia recabada en México. Riesman le apoyó para que se abocara al análisis del carácter de gerentes y trabajadores encargados de introducir innovaciones tecnológicas. Se sumaron al proyecto fundaciones y empresas interesadas en generar políticas públicas en el ámbito laboral. Más tarde, Michael Maccoby fue nombrado director del Departamento de Estudios sobre Tecnología, Trabajo y Carácter de la Universidad de Harvard (Maccoby, 1977).

12 Para emplear el análisis factorial contaron con la colaboración de Arthur Couch de la Universidad de Harvard y David Peizer del Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences.

tos y prevenir futuros brotes. Francisco Biagi Filizola, un pionero en la parasitología mexicana que llegó a trabajar para la OMS, estuvo al frente de esta iniciativa, que encuadraba el programa de investigación del psicoanálisis-humanista en los lineamientos de la salud pública internacional.

B) La unidad habitacional legaria

La Unidad Habitacional Legaria, subordinada al Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) abrió sus puertas el 15 de julio de 1958 (Díaz, 1974, p. 10). Guillermo Dávila –Jefe de Servicios Médicos– había diseñado un estudio para determinar el carácter social de la población perteneciente a la clase obrera de la ciudad de México, que había sido beneficiada con un subsidio para satisfacer el derecho a la vivienda. El objetivo era identificar las transformaciones que se hubieren generado al interior de las familias, al cabo de cinco años de habitar las instalaciones. Pretendían evaluar, específicamente, la influencia de los rasgos de carácter de los padres en su descendencia.

Tal parece que la magnitud de la tarea que la Sociedad Mexicana de Psicoanálisis (SMP) estaba realizando en Morelos retrasó el cometido. Erich Fromm informó años más tarde que deseaban comparar los resultados del trabajo de Chiconcuac con la información que surgiera en Legaria. Cabe destacar que acto seguido a la exposición de ese proyecto conjunto, en 1957 ante la Academia Nacional de Medicina, el judío alemán había sido distinguido como miembro honorario. El declive de su influencia en los circuitos académicos internacionales inició en 1953 con su retiro de la IPA y se agudizaba notoriamente durante la década de 1960. No deja de ser llamativo que, en sentido inverso a lo ocurrido en otras

latitudes, en México –único país del mundo en el que fundó una escuela– fue justo durante esa época cuando el psicoanálisis “humanista y dialéctico” que profesaba alcanzó el clímax de su difusión.

Guillermo Dávila brillaba con luz propia en el gremio *psi*. Ocupaba un cargo directivo en la Facultad de Psicología de la UNAM y gozaba del reconocimiento entusiasta de los alumnos. En 1951 estuvo entre los fundadores de la Sociedad Interamericana de Psicología, instituida al término del IV Congreso de la FMSM efectuado en México, y fungió como su presidente entre 1957 y 1959 (Colotla, 2006). Pese a estar absorto en múltiples ocupaciones, en 1963 Dávila logró encaminar un monto del Foundations Fund for Research in Psychiatry para el proyecto en la Unidad Habitacional. Seleccionó una muestra de 244 familias del universo total de 624 que ocupaba los departamentos, y fue asistido por colegas de la Facultad de Psicología para recabar la entrevista interpretativa, que se usó otra vez como esqueleto de la investigación (Díaz, 1974, p. 102).¹³

El fallecimiento de Dávila en 1968 truncó las labores de interpretación y fue hasta 1972, por iniciativa de Raymundo Macías –otro miembro de la asociación frommiana– que se retomó la calificación. Para esto se invitó a un grupo de alumnos del posgrado en psicología clínica, del cual sobresale Magali Díaz Carabaño porque fue quien finalmente sustrajo conclusiones y las presentó para la obtención de grado en 1974. La abundancia de material rebasó con creces su disposición a codificar resultados, pero su elección de la muestra es interesante: 10 parejas casadas con hijos mayores de 15 años. No todos eran originarios del Distrito

13 La Prueba de Apercepción Temática (TAT) y la narración de cuentos sirvieron de contraste.

Federal; algunos se habían trasladado a la ciudad en edad productiva y se desempeñaban en rubros distintos (cargador, chofer, herrero, carpintero en una cervecería, mecánico tornero y mecánico automotriz). La mayoría de las mujeres se dedicaba al hogar. Aunque Guillermo Dávila ya no estuviese presente en las evaluaciones, los esquemas habían quedado establecidos con la publicación en español de *Socio-psicoanálisis del campesino mexicano*,¹⁴ de tal forma que los resultados que Díaz Carabaño subrayó en el estudio de la Unidad Legaria tendieron a reforzar los balances de Fromm y Maccoby, sobre todo en relación al ámbito familiar.

UN PANORAMA SOCIO-PSICOANALÍTICO DE LA CULTURA MEXICANA

Los resultados del par de estudios que abordamos ofrecen un compendioso panorama de la cultura mexicana. A partir de lo comunicado por Fromm en *Ética y psicoanálisis*, registraron “orientaciones de carácter” entendidas como el “factor selectivo” que promueve la brecha –de orden subjetivo y económico– entre los individuos que lograban acomodo en las estructuras promovidas por el proceso de industrialización, y el debilitamiento de los que permanecían anclados en una estructura “improductiva” (Fromm, 1953). Vale abrir un pequeño paréntesis para señalar que, aunque la noción de “productividad” acuñada por este pensador se alimentó de convicciones políticas progresistas y de su afinidad por las corrientes místicas del judaísmo y el

budismo zen, es sugerente el símil economicista que se filtra de manera subrepticia en su definición.¹⁵

La investigación social empírica en Morelos representa la culminación de la estancia de Fromm en México y marca toda una etapa de actividades en el curso de la institucionalización del psicoanálisis humanista en el país.¹⁶ La *Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología*, vehículo de difusión de la Sociedad frommiana desde 1965 y editada bajo el sello del Fondo de Cultura Económica (FCE), dio a conocer escalonadamente los resultados.¹⁷ Además de que la revista se distribuyó entre el público latinoamericano, los artículos llegaron traducidos hasta Europa a través de las redes de colaboración que Fromm había tejido con la Federación Internacional de Sociedades Psicoanalíticas (IFPS), creada en 1962. Las mismas redes aseguraron la proyección del psicoanálisis humanista en la academia *psi* estadounidense (Funk, 2000). Michael Maccoby publicó en la revista *Psychiatry Washington* sus conclusiones sobre “el juego como expresión caracterológica y cultural”, un año antes de que aparecieran en la revista mexicana (Maccoby, Modiano y Langer, 1965).

14 La versión castellana del libro es de 1973. Vale decir que después de que Díaz Carabaño presentara su tesis hubo más alumnos de la Facultad de Psicología de la UNAM que emprendieron estudios caracterológicos de cuño frommiano (entre trabajadores de una empresa privada y empleados de la Secretaría de Hacienda a punto de jubilarse). Las investigaciones en Chiconcuac y en la Unidad Habitacional Legaria se tomaron como modelo.

15 Su descripción de un tipo ideal, el “carácter productivo”, generaba mucha controversia (Reyna, 2019).

16 También la Asociación Psicoanalítica Mexicana (APM) había generado un método de intervención en zonas urbanas: le denominaron “psicocomunidad” (Cueli y Biro, 1973).

17 El Fondo de Cultura Económica se fundó en 1934 para apoyar el desarrollo de la economía y las ciencias sociales. Esta casa editorial alojó *El Trimestre Económico*, primera revista de economía en América Latina y difusora de las ideas gestadas en la CEPAL (Babb, 2003, p. 82).

Autor	Título	Número	Año
M. Maccoby	El alcoholismo en una comunidad campesina	1	1965
M. Maccoby	El juego como expresión caracterológica y cultural	3	1966
M. Maccoby	La guerra entre los sexos en una comunidad campesina mexicana	4	1966
M. Maccoby	El carácter nacional mexicano	7	1967
E. Fromm y M. Maccoby	Conceptos y métodos de la psicología social analítica	11	1969
E. Fromm y M. Maccoby	El carácter de los aldeanos	16	1970
E. Fromm y M. Maccoby	Variables caracterológicas, socioeconómicas y culturales de una aldea campesina	17-18	1971

Entre todas las aristas que componen la visión global ofrecida por las conclusiones de la investigación en Chiconcuac y del estudio en la Unidad Habitacional capitalina queremos destacar tres: el abordaje de la problemática campesina en conexión con factores socio-económicos determinantes, el rastreo de las dinámicas familiares para discernir su influencia en la conformación de “orientaciones de carácter” individual y grupal; y por último, los contrastes que se dibujan en la ideología nacionalista posrevolucionaria cuando Fromm y Maccoby desmienten la posibilidad de emitir un juicio unitario sobre “el mexicano”.

Empecemos por aclarar el acierto que tuvieron al indagar en la carga de la historia para la región de Morelos. Con base en su revisión de fuentes antropológicas clásicas y, a razón de las migraciones forzadas que se registraron durante la revolución, resolvieron catalogar al pueblo como “mestizo”. Recalquemos que la confección de la categoría homologadora de “campesino” se liga directamente con el proyecto estatal de reforma agraria

y que, en muchos casos, las comunidades no dejaban de ser indígenas en términos socioculturales, aunque se hubiere renunciado a la posesión colectiva de la tierra.¹⁸ Los autores se percataron de esta problemática porque dialogaron con el antropólogo George Foster, de la Universidad de Harvard, quien estaba realizando una investigación acerca de la estructura cognitiva de dos comunidades indígenas de Michoacán.¹⁹

La acometida ante el problema campesino que enarbolaron Fromm y Maccoby es avanzada para la época (Warman, 1984). Desde los planteamientos de la *psicología social analítica*, estaban participando de la construcción de la categoría de sujeto campesino. Pensaban en términos de la reconversión del campesinado a la base industrial y el ejidatario encarnaba, según esta óptica marxista, la clase social privilegiada en el campo. No obstante, la

¹⁸ Agradecemos a la Mtra. Claudia Ignacio Álvarez por advertirnos de la importancia de esta cuestión.

¹⁹ George Foster publicó al respecto en la *Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología* (Foster, 1965).

teoría del carácter social (TCS) daba un toque distintivo a su enfoque: buscaron comprender la incidencia del sistema de producción campesino en la formación de actitudes políticas. Las conclusiones que presentaron al iniciar la década de 1970 atañen este objetivo. Sostuvieron que la orientación socio-política del pueblo estaba signada por la sumisión;²⁰ advertían que la marcada jerarquía de dependencias redundaba en el predominio de “una actitud no-moderna”, que terminaba minimizando la importancia de los logros y las competencias para garantizar el progreso individual. Se valoraba por encima de todo la lealtad absoluta al superior a cambio de favores, y el campesino estaba habituado a considerar el acceso a sus derechos como una concesión.

Para determinar los nexos entre los factores socioeconómicos y las distintas orientaciones de carácter se tomaron en cuenta los antecedentes prerrevolucionarios. Por tanto, se diferenciaron las formas de vincularse con la hacienda que mantuvieron peones, arrieros, ex-zapatistas y sectores campesinos opositores al movimiento armado. Aunque se abordaron las diferencias de carácter entre hombres y mujeres afirmaron que el carácter social del pueblo se componía de tres orientaciones. La más frecuente era el “carácter improductivo-receptivo” –mayoritario entre jornaleros sin tierra–, seguido del “carácter “productivo-acumulativo” –común entre propietarios libres– y del “carácter explotador”, una configuración emergente distinguida por la facilidad para hacer negocios y sacar provecho de los demás campesinos (Fromm y Maccoby, 1973).

20 El estudio empírico entre estudiantes de medicina efectuado en la UNAM, coincidía en enfatizar la prevalencia de la sumisión, con referencia a las posturas políticas (Reyna, 2019). Díaz Carabaño arribó a la misma conclusión respecto a su análisis socio-psicológico de 10 familias del sector obrero de la Ciudad de México.

Echando mano de la revisión historiográfica que hicieron, los autores atribuyen la sedimentación de la orientación “improductivo-receptiva” a las condiciones de existencia durante los siglos de dominación colonial, y plantearon que los peones procedentes de las haciendas que recibieron tierra con el reparto agrario, no contaban con la estructura de carácter apropiada para enfrentar la fase intensa de industrialización. En el período de la investigación, Fromm y Maccoby comprobaron que la ideología cooperativa impuesta por la CONASUPO para favorecer el desarrollo en el campo, no se veía reflejada en las acciones de los ejidatarios, y pronosticaban que quienes malbarataron sus tierras emigrarían a las ciudades o a trabajar como jornaleros, con el consecuente aumento de actitudes dependientes y nocivas, como el alcoholismo.

El estudio aporta datos empíricos que ponen en la mesa algunas hipótesis sobre “el ser del mexicano” bosquejadas desde múltiples canales culturales (Bartra, 2002). En ese tenor, se ratifica que “el vínculo incestuoso con la madre” es el factor central en la formación del carácter campesino. En un arriesgado ejercicio de transposición de este rasgo a la cultura mexicana, adelantan que el sistema patriarcal es dominante sólo en apariencia y que, en realidad quedaba subordinado al “principio materno”. Para los autores, este hecho explicaría la generalización de actitudes violentas compensatorias –machistas– entre los varones. El contraste con interpretaciones de corte netamente psicologicista proviene de su filtro materialista: en vez de atribuir el origen de este fenómeno únicamente a factores históricos, insisten en la necesidad de comprender cómo se ve reforzado por la realidad social. Así, emplean las variables socio-económicas para explicar

la desintegración familiar inherente a “la guerra de los sexos” y observan que, mientras el padre conserva el rol de proveedor, el principio patriarcal permanece inalterado; pero en cuanto la situación se modifica, los hijos desarrollan actitudes de rechazo hacia él y permanecen dependientes de la madre.²¹ Corroboran que el fenómeno era acrecentado por la migración a las ciudades, porque las mujeres conseguían trabajo como servidoras domésticas con más facilidad que los campesinos, quienes carecían de la preparación técnica requerida para los empleos en el mundo industrial.

Por otra parte, postularon que la estructura de carácter suele transmitirse a los hijos; hecho que complicaba en extremo la consolidación de los cambios necesarios para asumir los nuevos retos. Esta sería la hipótesis principal de la investigación en la Unidad Habitacional Legaria y la vertiente que exploró Magali Díaz Carabaño en 1974. Su análisis caracterológico se calcó del capítulo que examina las dinámicas familiares en el libro de Fromm y Maccoby. Díaz utilizó el método estadístico de correlaciones creado para el socio-psicoanálisis del campesinado y su recuento avala los supuestos allí asentados. En suma, entre las familias obreras del Distrito Federal, la psicóloga reporta “una fuerte fijación a la figura materna con pobre relación con la figura masculina”; arreglo que a su vez inclinaba a los sujetos a organizarse en función de una “escasa frecuencia del rasgo democrático” y a optar por conservar “una posición tradicionalista” en las relaciones socio-políticas (Díaz, 1974). De acuerdo a las inquisiciones de Díaz, ni el acceso a los servicios de salud ni las actividades culturales auspiciadas por el IMSS habían logrado modificar

la estructura de carácter de los ciudadanos de la gran urbe contemplados en el estudio.

En la estela de Margaret Mead, la investigación liderada por Fromm y Maccoby evidenció el “proceso de desintegración” de la sociedad campesina. Indicaron que las coloridas fiestas, los placeres de relacionarse con sus semejantes y verse en actividades fructíferas estaban siendo paulatinamente sustituidos por la bebida, la riña, la televisión y el ocio total. La fluctuación entre la ciudad y el campo, acentuada por jóvenes en busca de formación universitaria fuera de la comunidad, hacía sentir las presiones de la industria publicitaria y expandía con rapidez el anhelo de obtener un nivel alto de consumo. Fromm había compartido su preocupación por estos asuntos en *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea* (Fromm, 1956). El fenómeno de la enajenación se reproducía en la atmósfera psicológica prevaleciente en el capitalismo y, según su apreciación, suscitaba efectos perniciosos para la salud mental del hombre promedio, al inducir la “deshumanización” y un alejamiento de las facultades racionales.²²

En una conferencia impartida el 1 de diciembre de 1962, en el Seminario Latinoamericano de Salud Mental celebrado en Cuernavaca, Fromm habló de uno de los hallazgos más alarmantes en Chiconcuac: “la sumisión al destino”. Le pareció haber encontrado “uno de los síntomas de la falta de salud mental entre la población campesina de Hispanoamérica”, empalmado con una forma de enajenación expresada en “la ausencia fatalista de esperanza”. Su trabajo en México lo legitimaba para discurrir al respecto ante la Organización Panamericana

21 Cabe mencionar que los autores encontraron una correlación entre los grados intensos de “fijación materna” y el alcoholismo.

22 En Estados Unidos un sector importante de psicoanalistas dirigía con cabal entusiasmo la investigación motivacional y apoyaba la expansión de la publicidad subliminal (Samuel, 2015).

de la Salud (OPS), que organizaba el cónclave, y declaró: “superar la enajenación es, evidentemente, la base para la independencia del hombre y para cualquier especie de democracia razonable, que consista en algo más que depositar una papeleta electoral. Pero exige, repito, grandes cambios sociales por los que el individuo deje de estar sometido a los caciques o a la burocracia y por los que tenga un papel activo y responsable en la organización de la vida social” (Fromm, 1962, p. 114).

Arturo Warman concretó, apenas en 1984, una periodización de las luchas del movimiento campesino en México. Visto en retrospectiva, el período que abarca el estudio en Chiconcuac encaja –de acuerdo al balance del antropólogo– en una “fase defensiva”, de desorganización y pérdida de la cultura política en el medio rural, a causa de las desilusiones que anidaron con el manejo centralizado de la reforma agraria y los tintes corporativistas que determinaban la “relación patronal del Estado con los campesinos” (Warman, 1984, p. 30-31). Resulta imperioso puntualizar que Fromm y Maccoby estaban dando cuenta de ese proceso en el calor del momento, y reconocer que sembraron entre la intelectualidad de izquierda una semilla para la ulterior aproximación a los campesinos como actores políticos. En ese orden de ideas, objetaron que los rasgos patológicos descritos por el cúmulo de obras que construyeron el mito del “carácter nacional” pudieran tomarse como regla general. Es más, sugerían que de abolirse el régimen político corrupto reinante en el país, habría una vasta porción de la población que se inclinaría por estructuras democráticas, apoyadas en un modelo de autoridad tradicional. Así quedaba plasmada también la realidad mexicana en el pensamiento de Erich Fromm. Su prolongada convivencia con el entorno cultural campesino le llevó a

matizar el concepto de “carácter autoritario” que había engendrado en Alemania. Ciertamente, identificó una tendencia autoritaria articulada con la sumisión en el comportamiento de algunos sujetos; pero al introducir el concepto de “autoridad tradicional” pudo traer a colación las actitudes amorosas y republicanas que, según observaba, entregaban un sentido de continuidad, de seguridad y de significado para el campesino, cuando se apegaba a pautas sociales comunitarias.

Al participar en variados debates junto a la élite académica que se daba cita en el territorio mexicano, Erich Fromm fue construyendo su concepto de salud mental que, dicho sea de paso, fue precursor en hacer notar el aspecto malsano de la “normalidad” reivindicada en el mundo capitalista desarrollado. En 1966, disertó sobre la sociedad industrial al lado de los sociólogos Víctor Flores Olea, André Gorz, Irving Horowitz y del filósofo Herbert Marcuse. Conversó ampliamente con el economista Víctor Urquidí –director de la sección mexicana de la CEPAL–, con el filósofo Ramón Xirau y el biólogo Raúl Ondarza. Así mismo, dialogó con personalidades distinguidas entre los teóricos de la dependencia –como Pablo González Casanova– y con implacables críticos de la sociedad tecnológica y las instituciones religiosas –Iván Illich– y de los modelos educativos –Paulo Freire–.

A pesar de las limitaciones metodológicas que puedan imputarse a la teoría del carácter social (Caparrós, 1975), de las que tampoco se salvan otras concepciones freudomarxistas (Herrera, 2003), nos interesa acentuar que los estudios empíricos que revisitamos arrojaron resultados indispensables para generar diagnósticos que sirvieran de brújula en el marco de la transición hacia un modelo económico caracterizado por la preeminencia del mercado. Así, constituyen una fuente de

aproximación valiosa a las distintas modalidades de subjetividad configuradas en México durante el período conocido como “desarrollo estabilizador”. Se podría discutir si colaboran o no con “la tradición de pensamiento latinoamericano crítico de la modernidad capitalista” (Kozlarek, 2015), pero lo cierto es que muestran claramente que, para los especialistas *psi*, la TCS ofreció una clave de lectura de las vicisitudes que acompañaron el proceso de industrialización en México, entre 1950 y comienzos de la década de 1970.²³

CONSIDERACIONES FINALES

Aquilatar la importancia y los alcances de las investigaciones socio-psicoanalíticas inspiradas en el pensamiento de Erich Fromm nos permite evaluar, en su justa dimensión, el papel que desempeñó en la consolidación de la disciplina psicoanalítica en México. Repasar estos capítulos de su trayectoria profesional pone en relieve su notable habilidad para procurar puntos de ensamblaje entre redes intelectuales, intereses disciplinares específicos y programas políticos de corte internacional. Así, nos parece plausible proponer que la teoría del carácter social (TCS) fue un instrumento epistémico y metodológico que resultó operativo e innovador para

los psiquiatras, psicólogos y demás científicos sociales mexicanos que le acogieron, porque ofrecía revelar los mecanismos subjetivos concomitantes a las transformaciones socio-económicas que cambiaron la faz del territorio nacional en la segunda mitad del siglo XX.

Probablemente, el estudio en Morelos sea pionero en tomar en cuenta –al menos explícitamente– la tésitura de los factores psicológicos en el problema del subdesarrollo para los países latinoamericanos, y puede considerarse un capítulo olvidado del recorrido del marxismo y de la Teoría Crítica en México. Constituye un ejemplo de colaboración y retroalimentación entre distintas perspectivas de análisis, que resintoniza los debates concitados desde el modelo de la salud mental nacido en la posguerra. Quizá incluso nos permita leer ese paradigma de intervención como contracara de las teorías de la modernización, tan socorridas desde las agendas políticas durante la segunda mitad del siglo XX.

El cuestionario empleado con los campesinos se incorporó como apéndice del libro publicado en castellano en 1973 (Fromm y Maccoby, 1973). También se encuentra disponible el que orientó el socio-psicoanálisis de las familias obreras en la Unidad Habitacional Legaria. Quedan como testimonios históricos de una etapa fructífera en la investigación de la subjetividad en el país, que fue tributaria del saber freudiano y de las singularidades de su recepción en América Latina. Comprueban, además, la eficacia de este cuerpo teórico para escudriñar a profundidad la vida íntima de los sujetos, al tiempo que lograba instalar –en un efecto de bucle– nociones individualistas convenientes para al despliegue del capitalismo (Zarestky, 2017) y apuntalar el surgimiento de una “cultura psi” (Plotkin, 2017).

23 Luego de la muerte de Erich Fromm dos analistas mexicanos –Salvador Millán y Sonia Gojman– se abocaron a la aplicación del método de intervención socio-psicoanalítica en otros poblados y a pulir la metodología para interpretar los cuestionarios utilizados. En 1991, el Seminario que coordinaban en el Instituto Mexicano de Psicoanálisis se reunió con el Grupo de Trabajo Investigación del carácter social, de la Sociedad Internacional Erich Fromm fundada en Alemania. Parece que también en ese país y en Ecuador hubo experiencias investigativas que siguieron la metodología (Millán y Gojman, 1991; Millán y Gojman, 1993). Michael Maccoby fundó una organización en Washington D.C, desde donde dirige estudios en empresas y fábricas de ciencias aplicadas. Ha hecho el esfuerzo de ajustar la caracterología frommiana ante las nuevas condiciones tecnológicas.

Hemos podido identificar que el eje de convergencia entre el programa de investigación psicoanalítico-humanista y la ideología posrevolucionaria se encuentra en el apoyo que las teorías de Erich Fromm podían proporcionar al proyecto desarrollista del Estado mexicano. Esta condicionante –que moduló su recepción entre la vieja guardia de la psiquiatría– dejaba un margen estrecho para plantear preguntas fuera del espectro de las demandas de producción de conocimiento, que el Estado dirigía a los intelectuales. Así, toca aceptar que desde el prisma de la larga duración, los esfuerzos de Fromm y Maccoby no pueden sustraerse de la propensión a observar desde nuevos ángulos esa imagen del mexicano que había sido cincelada por una pléyade de autores desde el siglo XIX, y que, en última instancia, se convirtió en “una fábula eficaz” para neutralizar las contradicciones emanadas de la lucha de clases y de un sistema de explotación rapaz (Bartra, 1996). Sin embargo, no podemos perder de vista que los trabajos permeados por las categorías de Fromm nos heredan un afanoso relato de la desestructuración de una sociedad tradicional, y que estos no alimentan de forma condescendiente los prejuicios esencialistas, a menudo reeditados entre los profesionistas *psi* que se acercan al campo social. Antes bien, invitaron a poner en entredicho los lugares comunes que degradaban la percepción que los mexicanos tenían de sí mismos, en una coyuntura inédita de definición de políticas públicas. Contienen una potencia crítica y una vocación interdisciplinaria que tal vez convendría actualizar –léase deconstruir y reinventar– desde las capacidades creativas disponibles en el presente, con el fin de pensar en términos de una modernidad alternativa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alcerro Castro, R. (1952). Informe acerca de las actividades de la Segunda reunión de la Asociación Psiquiátrica de América Latina y del IV Congreso Mundial de Salud Mental, *Revista Médica Hondureña, Universidad Nacional de Honduras*, 20(2). Recuperado de: <http://www.bvs.hn/RMH/pdf/1952/pdf/Vol20-2-1952-3.pdf>
- Babb, S. (2003). *Proyecto: México. Los economistas del nacionalismo al neoliberalismo*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Bartra, R. (1996). *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*. Ciudad de México, México: Grijalbo.
- Bartra, R. (2002). *Anatomía del mexicano*. Ciudad de México, México: Plaza y Janés.
- Plotkin, M. (2017). El psicoanálisis como sistema de creencias: un bosquejo de programa de investigación. *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 24: pp. 15-31.
- Bonß, W. (1980). Teoría crítica e investigación social empírica. Notas sobre un caso ejemplar. En Fromm, E. (2012). *Obreros y empleados en vísperas del tercer Reich. Un análisis psicológico-social*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica Universidad de San Martín.
- Campos Farfán, C. (2017). El Dr. Raúl González Enríquez y la fundación de la Asociación Psiquiátrica de América Latina. *Gaceta Médica de México*, 153: pp. 406-414.
- Carr, B. (1996). *La izquierda mexicana a través del siglo XX*. Ciudad de México, México: ERA.
- Caparrós, A. (1975). *El carácter social según Erich Fromm. Estudio crítico de su obra*. Salamanca, España: Ediciones Sígueme.

- Colotla, V. y Urra, M. (2006). Semblanzas biográficas de los fundadores de la Sociedad Interamericana de Psicología. *Interamerican Journal of Psychology*, 40(3): pp. 377-384.
- Cueli, J. y Biro, C. (1973). *Psicocomunidad*. Ciudad de México, México: Prentice Hall.
- Cueto, M. (2015). La cultura de la supervivencia y la salud pública internacional en América Latina: la Guerra Fría y la erradicación de enfermedades a mediados del siglo XX. *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 22(1): pp. 255-273.
- Dagfal, A. (2009). *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1942-1966)*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Díaz Carabaño, M. (1974). *Estudio caracterológico con un grupo de familias mexicanas* (Tesis de doctorado) Facultad de Psicología UNAM, Ciudad de México, México.
- Friedman, L. J. (2016). *Los rostros de Erich Fromm. Una biografía*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Fromm, E. (1932). Método y función de la psicología social analítica. En Fromm, E. (1971). *La crisis del psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Fromm, E. (1947) *El miedo a la libertad*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Fromm, E. (1962) Mi idea de la salud mental. En Funk, R. (1994). *La patología de la normalidad*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Fromm, E. y Maccoby, M. (1973). *Socio-psicoanálisis del campesino mexicano*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Foster, G. (1965). El carácter del campesino. *Revista Mexicana de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología*, 1: pp. 83-106.
- Funk, R. (2000). Erich Fromm's Role in the Foundation of the IFPS. Evidence from the Erich Fromm Archives in Tuebingen. *International Forum of Psychoanalysis*, 9(3-4): pp. 167-186.
- Girola, L. (2008). Del desarrollo y la modernización a la modernidad. De la posmodernidad a la globalización. *Sociológica*, 23(67): pp. 13-32.
- Herrera Guido, R. (2003). El programa freudomarxista. *Devenires. Revista de Filosofía y Filosofía de la Cultura*, IV(8): pp. 99-21.
- Jay, M. (1974). *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Fráncfort*. Madrid, España: Taurus.
- Jeffries, S. (2018). *Gran Hotel Abismo. Biografía coral de la Escuela de Fráncfort*. Madrid, España: Turner.
- Kozlarek, O. (2014). *Modernidad como conciencia del mundo: ideas en torno a una teoría social humanista para la modernidad global*. Ciudad de México, México: Siglo XXI / UMSNH.
- Kozlarek, O. (2015). El humanismo como crítica: el *homo negans* de Erich Fromm. *Devenires. Revista de Filosofía y Filosofía de la Cultura*, XVII(31): pp. 237-265.
- López-Beltrán, C. y Deister, V. (2013). Aproximaciones científicas al mestizo mexicano, *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 20(2): pp. 391-410.
- Maccoby, M., Modiano, N. y Langer, P. (1964). Games and Social Character in a Mexican Village. *Psychiatry Washington*, 27(2): pp. 150-162.
- Maccoby, M. (1977). *El ganador. El nuevo tipo de líder en los negocios*. Ciudad de México, México: Lasser Press Mexicana S. A.

- Menand, L. (2014). Freud, Anxiety and the Cold War. En Burnham, J. (2014). *After Freud Left. A Century of Psychoanalysis in America*. Chicago, Estados Unidos: University of Chicago Press.
- Millán, S. y Gojman, S. (1991). *Seminario de Sociopsicoanálisis, Cuadernos II*. Ciudad de México, México: Instituto Mexicano de Psicoanálisis A. C.
- Millán, S. y Gojman, S. (1993). El carácter social, su estudio, un intercambio de experiencias. En *Seminario de Sociopsicoanálisis, Cuadernos IV*. Ciudad de México, México: Instituto Mexicano de Psicoanálisis, A. C.
- McLaughlin, N. (1999). Origin Myths in the Social Sciences: Frankfurt School and the Emergence of Critical Theory. *Canadian Journal of Sociology*, 24(1): pp. 109-139.
- Páramo-Ortega, R. (1966). Algunas consideraciones generales sobre higiene mental desde el punto de vista psicoanalítico. *Revista Mexicana de Psicología*, 2(8): pp. 693-701.
- Portes Gil, E. (1964). Lo que deben ser las universidades. Su fin y su misión. Misión del maestro universitario. La juventud y sus deberes. En *Autobiografía de la Revolución Mexicana*. Ciudad de México, México: Instituto Mexicano de Cultura.
- Prebisch, R. y Martínez Cabañas, G. (1949). El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas. *El Trimestre Económico*, 16(3): pp. 347-431.
- Reyna, M. (2010). *Erich Fromm en México. El psicoanálisis humanista y sus aportaciones a la cultura mexicana* (Tesis de licenciatura). Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, México.
- Reyna, M. (2019). La caracterología de Erich Fromm como herramienta para la investigación psicológica en la universidad. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 22(1) Recuperado de: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/repi/article/view/69166>
- Saavedra, V. (1994). *La promesa incumplida de Erich Fromm*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.
- Sacristán, C. (2005). Historiografía de la locura y de la psiquiatría en México. De la hagiografía a la historia posmoderna. *Frenia*, 5(1), 2005: pp. 9-33.
- Samuel, L. R. (2015). *Freud en Madison Avenue. Investigación motivacional y publicidad subliminal en América*. Ciudad de México, México: Paidós.
- Sosa, M. (2016) *Freud y Lacan en México. El revés de una recepción*. Ciudad de México, México: Paradiso.
- Vázquez, K. (2014). *Biotipología y estudios biotipológicos en México. La ciencia de la arquitectura e ingeniería del cuerpo humano para atender las problemáticas sociales (1930-1960)* (Tesis doctoral). Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, México.
- Vezzetti, H. (2016). *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Warman, A. (1984). La lucha social en el campo de México: un esfuerzo de periodización. En González Casanova, P. (ed). *Historia política de los campesinos latinoamericanos*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.
- Zaretsky, E. (2017). *Freud: una historia política del siglo XX*. Ciudad de Mexico, México: Paidós.